



# INFANCIA Y ANOMIA

## **AUTOR**

Claudio Martyniuk  
(Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales,  
Universidad de Buenos Aires)

## **Cómo citar este artículo:**

Martyniuk, C. (2021). Infancia y anomia. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 13, 57-66.

## **Artículo**

Recibido 11/11/2021  
Aprobado 13/12/2021

## RESUMEN

Este artículo propone, a partir del pre-texto oscuminista, una relación entre infancia, anomia y violencia estructural. El texto desarrolla, en primer lugar, una fenomenología de la invisibilidad estructural de la que forma buena parte de la población menor de edad en Argentina. La mirada invisibilizante, la cultura de la indiferencia, la sensibilidad plana, la reducción por omisión en el espacio público y la representación fantasmagórica autocomplaciente forman parte de este mismo continuum, de este régimen de percepción que normaliza violencias estructurales y miseria. En segundo lugar, se explora la relación entre derechos humanos y memoria, educación sentimental e imaginación social como parte de un polo de percepción en el que también confluye el discurso de la inseguridad y una creciente intervención estatal en el control y penalización de personas que aparecen como excedentes, superfluas y son localizadas en campos o dejadas a la deriva.

**PALABRAS CLAVE: INFANCIA; ANOMIA; VIOLENCIA ESTRUCTURAL; DERECHOS HUMANOS; ESPACIO PÚBLICO.**

## ABSTRACT

Taking the obscurinist pre-text as starting point, this article proposes a relationship between childhood, anomie, and structural violence. The text develops, in the first place, a phenomenology of the structural invisibility of which a good part of the underage population in Argentina is a part. The invisibilizing gaze, the culture of indifference, the flat sensitivity, the reduction by omission in the public space, and the self-complacent phantasmagorical representation are part of this same continuum, of this regime of perception that normalizes structural violence and misery. Secondly, the relationship between human rights and memory, sentimental education, and social imagination is explored as part of a pole of perception in which also converge the discourse of insecurity and a growing state intervention in the control and penalization of people who appear as surplus, superfluous and are in camps or left adrift.

**KEY WORDS: CHILDHOOD; ANOMIE; STRUCTURAL VIOLENCE; HUMAN RIGHTS; PUBLIC SPACE.**

## EL CUENTO DEL DERECHO, LAS CUENTAS DE LA ANOMIA

I. Los enunciados son elocuentes: enumeran derechos, constituyen agencias e intervienen organismos, el funcionamiento crece a la par de la inflación de derechos. ¡Ah, la niñez con derechos! El reverso de este eje de la sociedad del espectáculo: anomia. Los chicos de la calle, los recolectores, esas existencias del neolítico, devienen contemporáneos por el dispositivo biopolítico. Violencia estructural y violencias reactivas. Miseria y embrutecimiento. El cuento de los derechos, las cuentas de la anomia: ¿acaso sorprende ese movimiento que atrapa existencias y las reduce a la nuda vida?

II. ¿Acaso sorprende la cultura de la indiferencia que se distancia de la responsabilidad? No aprueban explícitamente la desaparición, sin embargo la mayor parte de los valores que se admiran y practican —transgresión a las reglas, recurrir a atajos, desconsideración por el otro, triunfalismo, impaciencia, desconfianza, etc.— se alimentan y florecen en un contexto violento como el que provocó la desaparición de personas; ese contexto se halla alejado de la cultura de la vergüenza, también de la cultura de la culpa, y mucho más de la cultura de la responsabilidad. Cayendo con facilidad en las ilusiones de renovación, lo visible es Odradek, forma kafkiana que asumen las cosas en el olvido. Desfigurados por la uniformidad, los cuerpos de la niñez humillada se convierten en museos de la barbarie y la más fría oscuridad les queda como único hogar.

III. ¿Me aplaude después de cantar? La voz rutinaria de una nena, siempre la misma, cada vez más grande. Y la coraza del pasajero. El camino plagado. Pasan ante el pedido, insensibles, pasan como los espacios, las estaciones y las esquinas, de espalda, sin mirar; pasan, cansados, indiferentes. Una señora harta de ser abordada por chicos. La nena que busca mecánicamente una mano, un beso, una aproximación por una moneda. Los chicos sólo parecen pasar. Están siempre. Los pasajeros, como sombras que imploran un viento bíblico que limpiara la fealdad intrusiva. No es preocupación por la economía de expresión; no es aspiración de captar conteniendo. Es, sí, una cuestión estética; es, sí, una afección a los sentidos. Es la menor sensibilidad, más plana que la hoja, más vacía que la tinta en el papel. Nada cobra realidad.

¿Qué hacer? Tal vez asumir la pasividad: no hacerse cargo de este mundo en el que desaparece la infancia bajo la forma de chicos de la calle, seres que quedan en agujeros del espacio público. Todos podrían verlos, pero no son visibles más que cuando afectan. Son efímeramente experimentados, se experimenta, otra vez, la irrealidad. La experiencia alienada, entre el optimismo ingenuo y la desesperación, conforma una fantasmagoría, una fantástica visión mediante la cual son representados en un ánimo autocomplaciente. Arte fantasmagórico que carece de la profundi-

dad de las personas, que las desprecia como portadoras de derechos y sólo las trata como seres obligados o atávicamente determinados. Ninguna imagen de ellos persiste, ninguna representación los mantiene presentes hasta darles la palabra, hasta interrogarlos por el qué hacer. Persiste la expulsión, reina el fracaso social de la imaginación. Se dice: “necesitan amor”. Se practica la exclusión. No importa la verdad o no del mito de la necesidad del amor, algo que sólo una completa arqueología de lo humano podría esclarecer, pero imaginados en el desamparo, en este teatro de la crueldad se los desampara, se los anula día a día. Sólo quieren que desaparezcan, son tratados como moscas pegajosas; a veces son fuente de temor, a veces, sin culpa ni idea de responsabilidad, brota una lástima fugaz. Sólo quieren no percibirlos. Lejos, afuera, donde puedan ser olvidados, nunca más experimentados.

IV. “Lejos va el niño, corporalmente sano, pero moralmente rebelde”.

Robert Louis Stevenson (2005), *Juego de niños*.

El sueño, la aventura, la acción, ¿acaso serían mejor sin iniciativa, sin voluntad, sin ímpetu vital? Tal vez serían como la carne petrificada que viaja en subte. Ya están nublados por el país natal; ya están anulados por la pereza que impera, y además tratan de expropiarles sus experiencias. Es cierto, robar, drogarse y todo el restante fárrago de acontecimientos ya no se convierten en experiencias. Es cierto, viven bajo una opresión cotidiana, sin una generación que le transmita experiencias, despojados de la autoridad de la palabra y del relato. Pero se los caza, desde fuera se los reduce a un “caso”, a un “tipo”, a una imagen. Como si no fueran existencias que alcanzan certezas sufriendo, como si el goce y la transgresión no se vincularan. Debe imponérsele el bien, y a eso se lo llama educar; debe evidenciarse la moralidad, y a eso se lo llama remordimiento. Objetos de otros -los sujetos de la enunciación-, enmudecidos aún por quienes saben de la subjetividad como sujeto de lenguaje. ¿A qué se refiere ese “yo” mudo? A una opresión de las entrañas, a una normalidad policial, al destinatario de una filípica, a una figura de sordas oraciones.

Ese “yo” mudo, un haz de imputación de normas. ¿Pero a quién deberían exigir sus derechos? ¿Y por qué lo exigirían siempre a un tercero? ¿Acaso deberían seguir la lógica de la protesta política, y manifestar, hacer piquetes y, en definitiva, pedir y pedir? Toman en sus manos el derecho a la subsistencia, como si no le concerniera a nadie más que a ellos. Quedan en un juego solitario, en un juego salvaje (después de todo, el derecho, acá, se muestra como un juego salvaje). Salía un grito que buscaba justicia, que desconfiaba del derecho, de las manos de sus agentes, de la dureza de sus encierros, de los abusos que esconde la “prevención”, de la hostilidad que habita en los institutos. Salía de un contramundo. Desde allí recordar no es el superficial volver a lo que había ocurrido, ya que desde allí, volviendo, la expe-

riencia muestra su lugar. Desde el contramundo es posible asignarle un lugar a lo que se ha vivido. Olvidando, sin lugar para el humillado que canta grotescamente en el subte, con los sentidos dormidos; o formulando, alejando la autoridad de los hechos; siempre desatendiendo. Quizás, y como los años de dictadura, los años de esta infancia desaparecida se resistan a ser relatados; quizás baste con las palabras represión, frío, indiferencia colectiva, hambre, tortura, basura. Esa crepitación dura y constante en el desierto argentino, ese contramundo puede auxiliar al recuerdo, recuperando el tiempo borrado, remontando la desaparición persistente, despejando los sentidos embotados, quizás entonces los hijos de estos hijos no necesiten un odio y un espanto como los suyos. ¿Qué se requiere para salir del camino del resentimiento?

V. “En un mundo donde nada tenía ninguna importancia, crearla a presión, a fuerza de subjetividad, equivalía a crear un monstruo”.

Cesar Aira, *El mago* (2018, 50)

Cuando una caricia se vuelve inimaginable (y no porque no la tuvieron en su ámbito, sino por la condena mortal que reciben de los otros). Cuando un grito por el horror ya es posible (y para ello se debe tener vergüenza). Cuando de la mudez del paisaje, de la vanidad, de la mirada cargada de aversión, se logra saltar a la atención capaz de darles calidez, capaz de alcanzar un cansancio común. Eso es un detenerse ante ellos, es su aparición como un valor, como si fuéramos curados de una larga ceguera.

¿Acaso ha preocupado cómo se ha transformado nuestra visión de nosotros mismos como personas que llevan adelante sus propias vidas y deben dar cuenta de sus actos, desde la desaparición sistemática de decenas de miles de semejantes, mejor: desde la pasividad ante la desaparición y todas las capas sucesivas de aniquilación que se fueron sucediendo, y que pesan sobre ancianos y chicos, política y economía, el derecho, la educación y la ciencia? Nuestra visión normativa ha sufrido una transformación atroz, que afecta la conciencia que funda, que acompaña nuestras actividades. La certeza de lo que somos capaces de hacer, así como del valor de nuestras propias razones, están heridas de muerte, y basta oír a un chico de sexto grado para advertirlo. Pero la sordera, la superstición y la negación, la misma negación de la desaparición, prosiguen alimentando la aniquilación. Y así, “la delincuencia juvenil” es la figura retórica que encubre y legitima la continuación.

Detenernos. Guardar dentro de uno la imagen de chicos durmiendo en el piso de las estaciones, agotados. No es el cansancio de la pasividad evasiva. Están atados y cada tanto se desatan, pujan por vivir, aun cuando inhalan pegamento. Nosotros somos algo, por lo menos desgraciados. Buena parte de lo que sucede ya no se puede remediar, sí se puede sentir algo por la ausencia. Sí se puede todavía, en este decorado de país, sentir algo por la presencia. Sí

se puede pasar del recuerdo de hechos, a la rememoración de sensaciones. Mientras tanto, seguiremos siendo aquellos que identifica Job: “Los que edifican deshabitados para sí”.

Mientras tanto, ellos se refugian en algunos lugares. Cuando se cierran las estaciones, descubren sitios más pequeños, y allí a veces hallan calma. Sufren. También transgreden normas. A veces hallan algún perdón (una respuesta jurídica). No hallan promesas (como si no existiera verdadero lazo social). Reciben palabras que llenan las bolsas de miseria.

VI.

Unos me hablaban de la patria.  
Mas yo pensaba en una tierra pobre,  
Pueblo de polvo y luz,  
Y una calle y un muro  
Y un hombre silencioso junto al muro.

Octavio Paz, “Razones para morir” (1987, 168)

Patria, pater-patris, segundo padre ¿para qué? ¿Acaso para que los seres humanos sean tratados de manera igualitaria? (Ronald Dworkin, 1983, en su artículo “Liberalismo”, afirma que “el liberalismo no puede basarse en el escepticismo. Su moral constituyente prevé que los humanos sean tratados como iguales por su gobierno, no porque no exista lo correcto y lo incorrecto en la moral política, sino porque eso es lo correcto”, pp. 165-166). La patria está donde no estamos. La infancia como patria. Mientras nos hacemos vegetales, una generación crece, pero ese crecimiento es decaimiento. Crece, hundida en la barbarie, en medio del cansancio y la indiferencia. Una vasta prole expulsada por seres banales que representan la vanidad, la sociedad argentina. Cada uno de los miembros de esa generación: una historia sin vida, la historia social representando la banalidad de los vegetales políticos, que ya sienten tedio por los chicos y las chicas condenadas a la cárcel de la pobreza, excluidos hoy para que no tengan futuro. Y se repite el paisaje (el paisaje de la pobreza humana).

Pero nos quedamos, si ya no es la patria, si ya no está. Persiste el mismo libro, escrito en caracteres de violencia y aniquilación. El sentimiento de inseguridad de los inmigrantes ante un país vasto. El sentimiento de inseguridad ante la devastación. Huellas de inquietud, pero siempre una perspectiva egomaniaca. Y las estadísticas que hacen desconocer lo concreto, como si fuera perceptible que siete de cada diez menores están viviendo en el desamparo de la pobreza. Estacados en la sordidez. Una náusea vaga.

Indiferencia, imperturbabilidad del ánimo frente al dolor. Ataraxia cruel, que provoca más crueldad. Y sin franqueza en el habla. Expuestos al azar, cercados en el campo social, empujados hacia las ratas y, llegada la hora -usando o no al derecho-, el exterminio. Mientras tanto, los *cool hunters* siguen tras las modas efímeras, y hasta para ese vampirismo los chicos son marginados. Quizás si sobreviven, quizás si triunfa uno o dos, quizás ellos sí den algún nombre buscado

por los otros... , pero los otros solo atienden a otro que ya no es otro, que ya es como ellos, a esos que tienen una dependencia de la atención ajena.

Individuos publicitarios en el espacio público. Individuos amorfos, en los límites, estaciones, líneas de trenes, subterráneos, esquinas oscuras. Infancia, origen del lenguaje, ¿pero para qué decir? Eso le cabe esperar, nos cabe esperar: el decir de esta infancia. Fantasmagoría objetiva, sobreviviente.

Jóvenes desamparados al salir afuera. Úteros al vacío, después de ellos un desierto frío. ¿Qué queda del sueño de autonomía humana? Ellos no tienen rostro son vaciados, como en las pinturas de Bacon. Rostro, lo que se ofrece a la vista de los demás. ¿Cómo se corresponde ese ser-visto? ¿Cómo se devuelve su mirada? La faz del otro, desaparecida. Sin simpatía. Cuerpos sin magnetismo, sin gravitación: sólo estorbos a correr, para dejar al espejo. No objetos (término acuñado por Thomas Macho, para referirse a modos de realidad fetales) (Sloterdijk, 2017), signos desde la oscuridad, se experimenta la presencia sensorial de cuerpos blandos, de límites de cuevas, de líquidos. Se percibe algo que se asoma, pero no son sujetos, no hay ningún enfrente subjetivo, son noobjetos. Son apenas presencias sonoras, apenas resonancias en el universo psíquico. Pero en un mismo campo de fuerza. ¿Qué nos es lícito esperar?

Una sociedad vale lo que vale en ella las relaciones de los seres humanos con las vidas, humanas y no humanas, y con sus ambientes. En la nuestra —¿por nosotros? ¿Por qué otro?— impera la lógica de la desaparición, de la dispersión, de la fragmentación.

Credulidad, fuerza de los niños, debilidad de los hombres. ¿Miedo en el espíritu? Creer en la patria, hacer creer en la patria. (No creemos.) ¿Podemos hacer creer en ese segundo padre? Vociferarla, juramentarla, prometerla. Y más desaparición: aniquilan esos padres. Obedecemos. Oímos: -Patria.

VII. “Nada. En esto, ni mi Stevenson ni mi Sterne me daban claridad. Tampoco la diaria conversación con gentes de moral frívola. Y cada mañana, en la Facultad, en vez de encontrar a un maestro, a un hombre cuya función es enseñar, encontraba a un señor o a varios, abogados, cuya obligación presupuestaria era “enseñar”. Hombres vacuos, petulantes y grises, sin sentido auténtico de la vida, algunos de los cuales, en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, hacían mofa ridícula de su propia asignatura, prefiriendo a otra cosa menos miserable y más decente exhibir ante los estudiantes el airecillo de un trivial ingenio burgués. Y de estos hombres, yo me acuerdo, no me olvido. He visto a algunos de ellos tener después mando en el país, levantar sobre tantas cabezas de buena voluntad su perspicacia cínica de medradores, demagogos y políticos. Y he sentido entonces, con terror, con miedo de verificarlo, que el país que los llamaba podía parecerse a ellos”.

Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina* (1981, 45-46)

Como si el cambio sólo fuera real en las películas norteamericanas, mientras que el paisaje exterior y el universo interior quedan, acá, moviéndose en la misma y cíclica dirección. Soñar, bailar, mientras se rechaza al semejante. Todos tocados en la mancha de las conciencias paralizadas, y cuando queda la compasión y el desprecio ya nadie se toca. Y luego explotar: ¿cómo convertir el resentimiento en justicia? Se extiende el esperpento en la marcha de seres que arrastran miseria.

Sin el camino cartesiano y el método para la inspección del horizonte desde un comienzo puro y primero, el comienzo que no tiene tras de sí otro inicio. Con mutilación y una fiebre casi imposible de articular, en esta desesperanza, en el hambre, humillados, desesperados y desalentados. Luego de dormir en vagos bienestares se percibe el extravío. Antes silenciado, el extravío persistente —como el mutismo, camino del no reflexionar—; sólo cesa ante una esperanza siempre más débil y efímera que la pasada, cada vez más infundada.

Geografía rígida, seres llenos de noche y apenas educados, sin siquiera el recuerdo de un hogar cálido, a merced de líneas de fuerza y siempre en el fracaso. Intelectuales que una y otra vez adhieren a esas mismas líneas de fuerza con la ilusión de orientarlas; que una y otra vez fracasan. Y siempre un colectivo que mantiene una ingenuidad infinita.

Sin acumulación de experiencias y de saberes, cada generación contra la otra. Los “privilegiados”, los niños, en la orfandad: como advirtió Ezequiel Martínez Estrada (1948) del Martín Fierro, la paternidad espiritual desaparece y los hijos son siempre huérfanos. Sin ideas, los ideales cada vez más vaporosos, bajo un fatalismo telúrico.

Sospeché Alberdi (1979) que la educación, la educación superior, es una de las causas del empobrecimiento permanente de Argentina, por la dirección que ella da al empleo que sus habitantes hacen de su tiempo y de sus actividades. No se logró que echara raíces una cultura de la responsabilidad. Ajenos al esfuerzo y a la atención, huyendo del sudor, en el goce embotado, tras el instante evasivo o especulativo, sin esas nuevas costumbres, como llamaba Alberdi al resultado de la lección muda del ejemplo que surge del silencio fecundo de la vida privada. La infancia sin hogar, con escuelas-gueto que parecen reducidas a brindar una comida por cada día hábil, en los escasos meses de un ciclo lectivo de pocos libros y con simulación de utilización de nuevas tecnologías.

VIII. “Nada de política: estoy empachado con ella. Me da náuseas cuanto veo y oigo. No es poco alivio poder distraerse, apartarse la vista de tanta inmundicia y sangre, haciendo excursiones poéticas. Después de haber renunciado por tanto tiempo a la poesía, estoy casi tentado por desahogo, por desesperación, por no sé qué ... a engolfarme todo entero en ese mundo ideal. Vale más eso que revolcarse en la pocilga, blasfemando y gruñendo, como uno de tantos puercos”.

Esteban Echeverría (2010), *Carta a Alberdi*

César Aira utiliza en sus relatos la maniobra de dar a entender que tiene algo difícil que expresar para tomar un camino indirecto, demasiado complicado para no ser cierto; pero se trata —como lo confiesan algunos de sus personajes— de mentir con la verdad (y viceversa): mentir con la verdad y viceversa: tal la ironía superficial, autocomplaciente, pasatista, tal el cinismo ante la humillación. Y un desenlace precipitado. (Diciembre de 2001 es equivalente a los finales de la casi totalidad de novelas de Aira escritas a partir de *La liebre*.) Un final gratuito, una agitación insensata. Y la persistencia en la inocencia: empresarios inocentes, banqueros inocentes, políticos inocentes, jueces inocentes, gremialistas inocentes, docentes inocentes, curas inocentes, policías inocentes. Ideas, prédicas inocentes: discursivas y reflexivas, afirmativas; deshaciendo lo equívoco, lo sospechoso, lo polivalente, lo exasperante; haciendo sentir que algo definido puede hacerse: así se descendió a la fraseología, la mutilación, la unilateralidad, la repetición, el entristecimiento; así se transformó el ímpetu en hastío. En libros, periódicos y aulas el entendimiento se escindió de los afectos. De libros, nuestra delicadeza que choca tanto con la crueldad que se parece tanto al embrutecimiento.

Una teoría de la verdad es infinitamente larga, y por eso no puede formularse, sostiene la teoría minimalista de Paul Horwich (1998), para la cual “verdad” sería un predicado no genuino, un concepto cerrado a la explicación. Aun así, hablar, discernir, individualizar; también responsabilizar y reparar. Sentido y referencia: nombrar a cada chico humillado y reconocerlo.

## **DERECHOS HUMANOS, EDUCACIÓN Y DEMOCRACIA: IDOLATRÍA, INDIFERENCIA, ATENCIÓN**

I. La cultura de los derechos humanos, con su dedo alzado que cristaliza la memoria de un pasado de exterminio, puede dejar en un margen de abandono la atención y la persuasión; en la carencia de revisión crítica, puede expandir reificación y embotamiento. Ante la burocratización de la memoria y el empobrecimiento de la experiencia, prosiguen la crueldad opresiva, la desprotección y el descuido, la dilapidación y la aniquilación. La cultura de la memoria, cuyo prisma es el pasado, puede mantenerse alejada de exterminios e imposiciones de humillación del presente, de las nuevas víctimas y de la persistente indiferencia. Atención y persuasión, entonces, nominan aquello que puede / debe rebasar y exceder retóricas que se manifiestan en la ética y política de la memoria.

II. Bajo la cultura de la indiferencia se concretaron los exterminios contemporáneos. Se promovieron y dejaron que prosiguieran. No se buscó liberar Auschwitz. ESMA funcionó, con cierta visibilidad, hasta 1983 como campo de desaparición en pleno Buenos Aires. El silencio de la indiferencia

social, el desinterés de los otros estados, la letra de declaraciones de derechos quedaron reducidos a tinta inerte. Y después, siempre después, los derechos humanos en la retórica. Hay excepciones, heroicas a veces, pero sobre un fondo de indiferencia. El derecho a la indiferencia es polivalente en la cultura democrática. En cambio, la indiferencia a la interpelación política suele ser desafiada por regímenes totalitarios que no admiten la prescindencia ante un partido o un líder, y la conciben dentro de las formas ilegítimas de existencia de la oposición. El gesto mudo ante los otros es también libertad para mostrar y contemplar sin condena. Indiferencia es, además, sensibilidad anestesiada, pasividad. La indiferencia puede adquirir la forma de humillación institucional. La desaparición, también el abandono de chicos y ancianos, de aquellos que deambulan reducidos a meros seres vivos, privados de otras dimensiones, masa corporal sobre la que cae el peso de acciones del estado. Si no es indiferente, el estado controla, disciplina, barre, encierra, aniquila. Si no son indiferentes, la comunidad, las personas, las instituciones, ¿cuánta entrega deben brindar ante cada violación grave de los derechos humanos perpetrada? ¿Cada uno “debe dejarlo todo” hasta la reparación, la sanción, la verdad u algún otro fin evaluado como apropiado? “Toda” esa concentración de atención provoca, por acción intencional o por omisión, desatención de otras violaciones y de otras dimensiones de la sociedad. Puede, además, ser banal la invocación de los derechos humanos. Y una política de defensa de un registro de los derechos humanos podría encubrir la comisión de violaciones en otra serie de registros también comprendida como derechos humanos.

III. Asintiendo sin sentir, asintiendo sin actuar: tal parece ser la regla más difundida. Sentir con otro, sentir la afectación, el dolor que grita un ser humano es un fenómeno estético; apunta a la sensibilidad y los poros de la piel son conmovidos. Pero la educación sentimental se encuentra bajo el signo del empobrecimiento de la experiencia, entre los barrotes del espectáculo y el consumo. Y las violaciones a los derechos humanos se suceden, ocupan el espacio público, pueblan campos en los márgenes, extienden archipiélagos, expanden la excepcionalidad. ¿Cómo no sentirlas? ¿Cómo no reaccionar? Y sin embargo todo sigue. La sociedad civil argentina durante la dictadura fue especialmente sensible a la inflación, a la cotización del dólar, al fútbol. No fue muy diferente la sensibilidad dominante durante la crisis argentina de 2001/2. Mientras tanto, se consume (se consumen también discursos sobre los derechos humanos). Y no hay inocencia, sólo indiferencia. Ante lo terrible, crece la indiferencia. La imaginación moral se acota y agota en la indignación efímera, naturalizada ante lo terrible.

IV. ¿Cómo es posible restituir el gesto de humanidad ante el dolor de la injusticia? ¿Se puede alcanzar una visión que singularice, que capte el grito de la injusticia, que aumente la duración de la percepción? Concebir al acto de percepción como un fin, experimentar aquello que se encuentra delante

de nosotros pero no lo vemos, esa liberación del objeto es la atención. Atención que persigue que el gesto no enmudezca. Y enmudece bajo la imposición de los dispositivos que automatizan el sentir, que fortifican la sensibilidad, montan la coraza de la indiferencia y erigen estados de negación.

V. En la construcción de la sensibilidad —y de la indiferencia— la inseguridad ha pasado a primer plano. Esta sensibilidad a la inseguridad tiene un acento ansioso —hay hipersensibilidad a la inseguridad; hay ansiedad de seguridad—, que provoca una creciente intervención estatal en el control y penalización de personas que aparecen como excedentes, superfluas y son localizadas en campos o dejadas a la deriva, sin hogar donde regresar. La Declaración de los Derechos Humanos demanda un estado que se comprometa en su realización. El estado policial, en cambio, navega en una bruma de miedo, emplea un decisionismo que expulsa, traza excepciones y priva de derechos, condena a la mera vida a una masa gigantesca de personas.

VI. Crecen los campos de refugiados, de migrantes, de expulsados, de indocumentados, de marginales. Pueden concebirse como laboratorios de una vida total. No en los márgenes, no afuera: en las veredas, en los parques cuando no están enrejados, en las villas miseria, adentro, en el interior de una ciudad, la vida expuesta de una masa de seres excedentes también es un laboratorio, y a veces produce una forma de organización que aprovecha intersticios y genera esperanza y felicidad. No importan, crecen en esas formas bajo el desprecio. Y es tan débil la imaginación moral, es tan frágil la sensibilidad a los padecimientos de los otros, que hasta omite evaluar cualquier nivel de responsabilidad.

VII. El historiador del derecho Peter Brown concibe la ordalía como un procedimiento que básicamente desplaza “el odio a la responsabilidad humana”. Y así se traslada el peso de decidir a dios. Ese odio se solapa a la inclinación a responsabilizar. “Esta es vuestra culpa”, se le podría señalar a una sociedad, de ser posible alcanzar una cumbre bien alta desde la cual levantar visiblemente el dedo sobre todos. Acaso, entonces, la sociedad política sería, como lo ha pensado Karl Jaspers, responsable de la comisión y persistencia de padecimientos injustificados sobre sus contemporáneos. Más también: hay culpa por quedarse sin hacer nada cuando se cometen los crímenes. La carencia de solidaridad, el presenciar y no hacer nada, funda una culpa que debe ser sentida por cada uno y que no se le puede imputar a un tercero. Hay responsabilidad imborrable ante la injusticia y se pone en juego la comprensión de la propia sociedad, la perspectiva de los sucesos. La comprensión personal también requiere un tratamiento evaluativo. Los descendientes, las nuevas generaciones tienen a su cargo el examen crítico de los mayores, repartiendo responsabilidades. El riesgo de evadirse en un pesimismo antropológico, en un fatalismo historicista, olvida la llegada a un límite en el que hay que elegir —y en la preferencia de conservar la vida los errores cognitivos se invocan como justificaciones, pero son

parte de la producción de estados de negación. Se requeriría, entonces, interrogar la posibilidad de la barbarie, su persistencia y extensión en la sociedad, en las artes, en el saber, en las instituciones. Y concebir las cimas de esa barbarie, los genocidios, no sólo como el resultado de la actuación de una maquinaria racionalizada y burocrática, o de factores singulares. Expresar, interrogar, evaluar, discutir responsabilidades es una demanda política, también ética y estética, que debe abrir los poros de la sensibilidad, cuestionar los dispositivos institucionales y las metas y valores dominantes. ¿Cómo, en la cadena de expectativas que constituye la acción social, edificar sensibilidad de ayuda al otro sin contrapartida? En el campo jurídico está penalizada la omisión de ayuda. Pero en el proceso civilizatorio de autocontrol de las emociones, de transformación de las pasiones en intereses, el individualismo propietario, la sensibilidad embotada y el cansancio acallan el ímpetu de entrega.

VIII. Se establecieron narrativas nacionales sobre costumbres y logros, potencias, promesas y riquezas. Esos relatos ejercieron un gran influjo en el imaginario latinoamericano. Pero han desconectado responsabilidades entre sucesos históricos y contemporáneos, lo cual significa que se mantiene presente un pasado que se encapsula, que suele darse por sentado que se ha superado, sin proyecciones en las miserias y violencias del presente. La idolatría en la condena de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en el pasado es contemporánea a la indiferencia a violaciones graves a derechos humanos en el presente. La prescindencia de la sociedad civil se mantiene, dejando a su suerte a los chicos de la calle, a los sin techo, a los desamparados y humillados por las instituciones. Se carece de una reflexión sobre los futuros posibles del pasado, una problemática en la cual se hallan incluidas la vitalidad, cristalización, abuso y reactivación de la memoria, el castigo y compensación de los crímenes, su posible reparación y comprensión y los espacios y formas plurales de ejercitar el reproche, el perdón, la crítica, la representación y la búsqueda de justicia. Y la falta se muestra en la frialdad de la sensibilidad, en la indiferencia de acero salvaje. Esa humillación estructural y su imposición institucional, así como el par indiferencia - indignación del individuo/espectador, que se exige de responsabilidad, marcan a fuego un orden social.

IX. También marcan al yo. ¿Cómo se ha transformado la visión de uno mismo como persona que lleva adelante su vida y debe dar cuenta de sus actos desde la desaparición sistemática de miles de semejantes, desde la pasividad ante todas las capas sucesivas de aniquilación que se fueron sucediendo, y que pesan sobre la infancia y las mujeres, salud, política y economía, arte y educación, ciencia, derecho y naturaleza? La transformación de nuestra visión normativa ha sido atroz. La certeza de lo que somos capaces de hacer, así como del valor de nuestras propias razones, están heridas de muerte. Pero la negación, la misma negación de las responsabilidades ante las víctimas, prosiguen alimentando

aniquilaciones. Sin un abrirse al mundo, en la inmanencia, sin la atención que vuelve la percepción más intensa, sin más que yuxtaposición pasiva de sensaciones acompañadas de una reacción maquinal.

X. La cultura dirigida al pasado, lejos de un culto, devino rutina, recorrido obvio. El dedo acusa. Fácil y cómodo lo hace. Sin escándalo, sin involucramiento colectivo, sin responsabilidad compartida. Apartada y desvinculada, fragmentada y deshinchada, semejante al hurgar desechos, al acostumbramiento a una supervivencia a partir de materias descartadas, ideología de diario caduco que gana la supervivencia al envolver la fugacidad del presente, esta memoria instituida es consagrada como hostia, celebrada como espectáculo, peregrinada como virgen, adorada como dogma, mistificada, momificada, fantasmal, pero masiva sólo en su general aceptación pasiva. Desvela y no devela, mantiene la mirada, fascina, inclina, disuelve, agota y persuade del agotamiento, cansa y resigna al cansancio. Bandera de remiendos y burocracia, becas y subsidios, en su vaguedad forja cruzados. Más que defensa de las bases expresivas de una época, integra una estructura que empobrece y mantiene la influencia de la constelación de la desaparición. En la retención de la sensibilidad que hundió en la catástrofe se advierte un hilo que recorre un largo proceso que aún se proyecta sobre el porvenir. Collage de indiferencia y arrogancia, retórica y superficialidad, política cómoda, estética cosmética, un cono de sombras que reduce la declamación de derechos humanos al juzgamiento de algún crimen "espectacular" (espejo que, en su reverso, muestra anomia y excepcionalidad).

XI. ¿Cómo romper ese mar congelado? Normas y prácticas inciden en la configuración de la atención y de su fondo indiferenciado. La educación y los hábitos son pilares de la economía de la atención. La sensibilidad, el contorno estético de las personas, ese pliegue de piel y cultura, de animidad, vergüenza y orgullo, voracidad refinada que hace al azúcar blanco, las camas de realeza y las corbatas de seda, que hace mirar y limpia la mirada de estorbos. La estética oftalmológica gobierna al estado policial, depura, comprime, encesta, entierra, y lo hace sanitariamente. Como impureza marginal y residuo contaminante es excluido, tachado, desaparecido. Lo es, pero nunca del todo. La ecología de la desaparición provoca una implosión.

XII. En la imposible plenitud de la atención, ella, collage de discursos, prácticas, artefactos, complejo de representaciones, poéticas y políticas, relaciones de poder y hermenéuticas singulares. Inestable, la atención puede alcanzar una intensidad que evada las condiciones ordinarias, esa unidimensionalidad que superpone imposiciones. Acción atenta, una atención que tense las imposiciones, que espere y devele los puntos ciegos de la cultura de la memoria. Atención que se entrega a los perdidos. Atención, manantial de igualdad que sacude servidumbres.

XIII. El testimonio es una forma de atención. El cultivo de la atención como modo de detención, como forma de inten-

sificación de la sensibilidad, es capaz de sumergir el fondo de la memoria, advertir el contorno de la representación y vivenciar la descripción, encarnando y practicando la entrega. Un acento en la piel, en los pliegues de la sensibilidad, un paso que une ética y estética. Un tono, un acorde íntimo, una interpelación poética, una entrega radical para recuperar la apertura de la vida, la dación del mundo, la potencia de sentir plegada a la expresión y la acción. De aquí, políticas estéticas de la atención, rebasando las políticas éticas de la memoria. El arte, testimonio, entonces, de la atención. Atención a la crueldad y la explotación, a la humillación y el cansancio, atención que expone su piel cultivada en la calidez. Atender, alcanzar el fin de lo percibido, captación perspicua que desenreda el embrujo, las tramas del cautiverio en la superficie aplanada.

XIV. El control externo de la atención afecta la autonomía, muestra la imposición técnica e institucional. Los relatos de la memoria se concentran en el pasado y brindan un modelo atrincherado del presente y el futuro. Esa pauta desatiende. La humanidad de los derechos humanos no debe ser el fruto de imposiciones políticas, manipulaciones de la memoria, estrategias narrativas que se oficializan, cristalizan y musealizan, consagrando la desatención, dejando al sufrimiento en el campo del espectáculo, blindando la sensibilidad y despejando la indiferencia. La atención, interpelación estética, política y ética, piel que siente sin fanatismos y cegueras. Atención que rebasa criterios, un sentir que vea la no visión teórica, las exclusiones, asedios, catástrofes y bombardeos de la santa iglesia del humanismo de los derechos humanos y su congregación de la fe en la cultura de la memoria. La memoria, discurso oficial, relato fosilizado, puede convertirse en una trampa. Memoria, control de la atención a través de formas de linealidad, retóricas solemnes, mitologías y caricaturas. No hay suelo para la atención. La memoria, escorzo, reductor de perspectivas, resistencia a la deriva, intento de anclaje, gesto envolvente, roca dura, estabilización pesada. Los efectos territorializadores de la memoria, el peso de sus fijaciones, su monumentalidad, un bloque autocomplaciente, conservación resistente, fuerza que el presente ata al pasado para proyectarse al futuro.

Nada está a salvo del olvido, ni aquello que es objeto de obsesivo recuerdo, menos aún los recuerdos rutinarios -memoria sepultada por momentos conmemorativos instituidos, acciones que fortalecen aquello que se quiere cambiar, cultivo paradójico de la indiferencia.

XV. Reconocer las cristalizaciones académicas y subsidiadas del "deber de memoria": *Memory Studies*, *Holocausto Studies*, *Desaparecidos Studies*. La memoria puede no ser la luz, sino la oscuridad visible. Aun movilizandando emociones, fosilización de la memoria, el congelamiento de la sensibilidad se extiende. Las imágenes se vuelven menos reales, repetidas. No basta la observación pasiva, no bastan las imágenes. Un resto de insatisfacción acompaña, entonces, el persistir de la persuasión y la atención. Atención, contra

la autocomplacencia, que desresponsabiliza, irresponsabiliza. ¿Con quiénes y con qué más debemos devenir justos? ¿Cómo devenir justos? Lo desmesurado que hace insostenible esta cuestión, que la hace políticamente insostenible, se aloja en su condición inconclusiva.

XVI. Tal vez deba desorganizarse la narrativa oficial. La crítica al orden —histórico, político, jurídico— quizás apenas ahonde en la percepción de los fenómenos y en el enigma de la violencia. ¿Pero cómo hacer girar la perspectiva desde la que pensamos y actuamos? La anatomía de lo normativo reconoce lo que impone la negatividad: también la crítica a las perspectivas que dicen qué debe hacerse y pensarse traza deberes. La crítica insaciable y sin paz, su ímpetu ciego ve detrás de todo y en cada fórmula un fin escondido, un medio perverso, un síntoma, un mal. Va, indiscriminada, en una tremenda atmósfera de negatividad. Ve omisiones y especulaciones, falacias y manchas, mala fe y defraudaciones junto a auto engaños e ilusiones estériles, ve más lejos y más hondo para malograr lo que malogra, para herir lo que hiere y torcer lo que tergiversa. Lleva las tensiones al extremo, a límites y umbrales. Pero no sabe decir sí. ¿Dónde halla refugio? Fuera de la caverna mecánica que la automatizó, apenas queda algo bello y melancólico en la tarea crítica. Apenas la uniformidad en la negatividad. Apenas pasividad, a veces a salvo entre baladas, lamentos, duelos. Pero enseguida irrumpe lo que urge y perturba. Se interpone, como dijo Theodor Adorno de la Quinta Sinfonía de Mahler, un grito de horror ante algo peor que la muerte.

XVII. Libertad incondicional para pensar, ¿pero acaso la profesión estatutaria que compromete al preguntar y contestar, la libertad universitaria que aún transita límites kantianos, testeando bordes externos, plegando los internos, acaso esa labor de funcionario puede mostrar soberanía en los actos, vale decir, libertad incondicional en su obrar en el lenguaje? Crítica, punto esquivo, el de aquella incondicionalidad sin poder, crítico solapamiento a la regulación meticulosa de la burocracia académica. La filiación de las “nuevas Humanidades” con la época de las Luces muestra el inacabado sentido de superación.

XVIII. Más que un hegeliano derecho a la superación, se trata de mostrar lo quebrado y atender a su reparación, ayudando a los desgraciados, “a los que la desgracia ha mordido en el fondo del alma” (Simone Weil). Dar, a todos “un poco de bienestar, mucha belleza y la protección contra quienes les hagan el mal” (Simone Weil). Dar, más allá del castigo. La necesidad de evaluar, juzgar, aprobar y reprobar lo interviene todo, acciones y conocimientos. Realiza límites al derecho a la indiferencia instalando jerarquizaciones y superaciones: considerar, argumentar, criticar, reconocer, decidir, responsabilizar. Se deshilvana el poder de las palabras, el poder que teje ilusión y desteje error. Hilvana cuidado en palabras pulidas que imbrican brillantez y opacidad. Demanda educación sabia, cauta al disponer merecimientos (recompensas y sanciones), sugestiva, expresiva, activa

en la formación de atención y sentido de responsabilidad. Elogio del esfuerzo, dación de confianza: educar. Buscar el consentimiento, el consentimiento que compromete reparar la condena a la mera vida. La anomia, ese grito de piedra, no es un destino.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aira, C. (2018). *El Mago*. Titivillus.
- Alberdi, J. B. (1979). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Centro Editor de América Latina.
- Dworkin, R. (1983). "El Liberalismo", en *Moral Pública y Privada*. Fondo de Cultura Económica.
- Echeverría, E. (2010). *Carta de Esteban Echeverría a Juan Bautista Alberdi (23-6-1849)*. Ed. lit. Leonor Fleming. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<https://www.cervantesvirtual.com/obra/carta-de-esteban-echeverria-a-juan-bautista-alberdi-23-6-1849/>).
- Mallea, E. (1981). *Historia de una pasión argentina*. Sudamericana.
- Martínez Estrada, E. (1948). *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro*. Fondo de Cultura Económica.
- Horwich, P. (1998). *Truth*. Oxford University Press.
- Paz, O. (1987). "Razones para morir". En K. Meyer-Minnemann (Ed.), *Avantgarde und Revolution Mexikanische Lyrik von López Velarde bis Octavio Paz (1919-1949)*. Vervuert Verlagsgesellschaft.
- Sloterdijk, P. (2017). *Esferas I*. Siruela.
- Stevenson, R. L. (2005). *Ensayos*. Losada.

## SOBRE EL AUTOR

### **Claudio Martyniuk**

claudio.martyniuk@gmail.com

Doctor por la Universidad de Buenos Aires, Profesor Titular Regular de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales, y Profesor Titular Regular de Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho, ambas de la UBA. Investigador del Instituto Gino Germani.